



# LA IZQUIERDA EN EUROPA OCCIDENTAL

Giorgio NAPOLITANO

**L**a casa común europea debe ser un edificio desde cuyos diferentes apartamentos se hable sin tapujos. Un objetivo realista no es superar los bloques sino aflojar su antagonismo. La izquierda europea vive en el apartamento que hoy representa a Europa occidental o, más precisamente, a la Europa comunitaria; actúa, por lo tanto, en sistemas pluralistas y multipartidistas.

En ocasión del 18.º Congreso del Partido Comunista, Giorgio Napolitano, líder reconocido de la derecha del partido, prefirió evitar cualquier enfrentamiento y perdió así, según dicen algunos observadores (Napoleone Colajanni a la cabeza), la oportunidad de hacer valer el prolongado y a menudo combatido empeño en temas que habían entrado

a formar parte del patrimonio del PCI. Hay quien ha visto en su apartamiento de las disputas internas del Congreso una especie de «gran rechazo» opuesto al pacto del otoño pasado entre Occhetto y la izquierda. Pero esta explicación no satisface plenamente, sobre todo porque Napolitano publicó su ponencia en el Congreso con dos meses de anticipación, tomándose así todo el espacio necesario para explicar mejor sus ideas en materia de izquierda y de Europa, temas que para él tienen estrecha relación. Tal ponencia es el afortunado opúsculo *Oltre i vecchi confini. Il futuro della sinistra e l'Europa* (Mondadori, Milano 1989), que ha merecido recensiones de muy variada índole. Se puede compartir algún malestar por el tono a veces pedante y siempre muy prudente, pero no

*hay duda de que el libro dice algunas cosas y que tiene ganada una justa supervivencia incluso más allá de algunas eventuales polémicas. Sólo bastaría con el creciente arraigo de la izquierda europea en la Europa occidental o, aún más precisamente, en la Europa comunitaria, para destacar el alejamiento de viejas posturas neutralistas, que incluso el PCI ha hecho propias durante la no muy lejana campaña contra la instalación de los euromisiles. También es verdad que hoy en la URSS está Gorbachov y, por lo tanto, parece menos urgente la cuestión de los armamentos y de las alianzas, pero Napolitano presta mayor atención a Estrasburgo y a Bruselas que a Moscú, exhibiendo al mismo tiempo una absoluta indiferencia por lo que sucede en Roma. Le hemos hecho algunas preguntas a Giorgio Napolitano a propósito de los temas del libro.*

— **Comencemos por la periodización de su libro que, según creo, pone un acento especial en la importancia, durante esta segunda posguerra, del último cuatrienio.**

— Sí, considero absolutamente nuevo el período que se abrió entre 1985 y 1988, incluso con respecto a los momentos de diálogo y de distensión que en varias ocasiones acotaron las décadas anteriores. Verdaderamente, me parece que la necesidad del desarme y las perspectivas de cooperación entre las dos superpotencias y a escala mundial nunca se habían impuesto objetivamente con tanta fuerza ni se habían encauzado de modo tan comprometido como ahora.

— **Sin embargo, usted habla del inicio de una etapa de grandes proyectos que van mucho más allá del viejo nexo desarme-cooperación.**

— Cuando hablo de cooperación, aludo a algo mucho más complejo y articulado que la mera cooperación política y económica entre Este y Oeste. Hablo de grandes riesgos y de problemas comunes,

a los que se debe responder con un esfuerzo extraordinario de convergencia, no sólo por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética; de grandes desafíos, que la comunidad internacional, en cuanto entidad global y dinámica, debe aceptar. Llego a hablar de formas, aunque embrionarias, de gobierno mundial y de una tendencia profunda a la interdependencia, teniendo en cuenta que cooperación significa en esencia gobierno de la interdependencia, aún cuando el término cooperación, en efecto, resulta un poco débil y limitado frente a la novedad y el alcance de los problemas actuales.

— **El reciente hecho de la fisura internacional sobre la cuestión de las medidas a adoptar para proteger la capa de ozono, ha demostrado, no obstante, todas las diferencias que esta cooperación encierra.**

— Este es un ejemplo interesante, que me induce a afirmar la validez del acercamiento que contiene el informe *Our Common Future*, elaborado por la Comisión mundial sobre el ambiente y sobre el desarrollo, bajo el auspicio de la Asamblea general de la ONU y la presidencia de la señora Brundtland (luego primera ministra de Noruega), y publicado en 1987. La cuestión del ambiente y la del desarrollo de vastas áreas del Tercer Mundo, la cuestión de un gran compromiso de protección del ecosistema y la de un nuevo equilibrio en las relaciones entre Norte y Sur están estrechamente ligadas. Por un lado, deben estar claras las responsabilidades que recaen en el tipo de desarrollo que durante varias décadas ha caracterizado a los países más ricos. Y en este sentido tienen razón los países menos desarrollados al pedir que pague quien ha hecho el gasto. Por otro lado, estos procesos de grave deterioro de las condiciones de vida en nuestro planeta tienen que ver con las políticas de saqueamiento de los recursos a las que han estado sometidos los países más endeudados o más pobres. Estos últi-

mos, por lo tanto, también tienen razón cuando dicen que hay que acabar con esa clase de políticas, pero que no es válido un programa de control del desarrollo en el Sur del mundo en los mismos términos en que se propone a los países ricos. Será difícil encontrar la solidaridad necesaria en terrenos específicos de gran importancia, como el de la protección de la capa de ozono, si no se encara un desarrollo sostenible para el Tercer Mundo, una política de sacrificios para el Norte del mundo y, más en general, una redistribución de los recursos, la garantía de una transferencia neta hacia el Sur.

— **Dos cosas llaman la atención en su libro: la liquidación de la consigna de una Europa del Atlántico a los Urales, definida como «retórica literaria», y una aceptación incluso demasiado realista de la artificiosa división entre Europa occidental y Europa oriental.**

— Personalmente estoy convencido de que haber hablado de Europa oriental para los países que, en su momento, se insertaron de manera estable en el área de influencia soviética (como consecuencia no sólo de los acuerdos de Yalta sino sobre todo de los desarrollos subsiguientes, que culminaron en el bienio 1947-48), representó una esquematización engañosa: los vínculos de Checoslovaquia, Hungría y Polonia con Europa occidental son históricamente muy profundos. Más allá de cualquier moda es justo decir que Praga, Budapest y Varsovia son grandes ciudades europeas. Propongo, no obstante, dos cuestiones. La primera: en el transcurso de los últimos cuarenta años, en los países citados, así como en los otros países de Europa oriental (y, ante todo, a partir de 1917, en la URSS) se constituyeron y consolidaron regímenes sociales y políticos sustancialmente diferentes de los que caracterizan a los países de democracia representativa y pluralista de Europa occidental. Por lo tanto, no se puede hablar de

una idea de Europa —en el sentido en que sobre ella, por ejemplo, escribió Chabod— ni de unidad de Europa, frente a semejante diversidad de sistemas políticos, que en definitiva son también sistemas jurídicos y sistemas de valores. Por ello pongo en primer plano la necesidad de avanzar en Europa occidental, y en especial en el seno de la Europa de los doce, por el camino de la integración política y no sólo de la económica. Soy al mismo tiempo partidario de una fuerte intensificación del diálogo, de los intercambios, de las relaciones políticas entre Europa comunitaria y los países que tienen con Europa lazos más profundos. Confío en que los procesos de democratización en ciernes en Europa oriental se intensifiquen allí donde, como en Polonia y en Hungría, ya se están desarrollando, y se habrán donde, como en Checoslovaquia, reciben el pesado freno de las medidas represivas. Y se trata de procesos que pueden avanzar, sin que haya graves y simultáneos riesgos de desestabilización. Pero, por lo que concierne a reencuentros más efectivos entre las dos Europas, hace falta esperar los desarrollos de esos procesos de liberalización y de democratización.

— **La segunda cuestión, supongo, es la de la Europa del Atlántico a los Urales, cuyo límite oriental incluiría necesariamente a la URSS.**

— Exactamente. Se trata de una fórmula afortunada que tiene un preciso significado diplomático y militar, adoptado en el Acta final de la conferencia de Helsinki, a la que se debe la inserción en Europa de la que una vez se llamó la «Rusia europea» (la URSS, precisamente, «hasta los Urales», con la exclusión de su parte asiática), y la extensión del concepto de Atlántico a Estados Unidos y Canadá, países que se encuentran en la otra margen de este océano. En términos diplomáticos, pues, se ha configurado una Europa

de límites muy amplios. Por otra parte, en el plano militar, como se ve en el ámbito de la conferencia de Viena, tiene sentido, en efecto, tomar en cuenta las fuerzas convencionales soviéticas instaladas más acá de los Urales. Excluidas estas dos acepciones, la fórmula en cuestión es, sin embargo, algo retórica, si se considera que los límites de la URSS no están en los Urales, sino en el Ussuri, en Brest-Litovsk, etc. Quiero decir que podemos configurar una dimensión de relaciones internacionales en todos los campos que abarque, como ya se vio en Helsinki, a toda la Unión Soviética y a los Estados Unidos, junto con una Europa que, al menos en esta fase, destinada a durar no sabemos cuánto tiempo, es la Europa de los doce (está por verse si poco a poco se extenderá a países no alineados como Austria, Yugoslavia o Suiza). Esta Europa debe estimular también nuevos desarrollos en el plano político en algunos países de Europa oriental y manifestar una gran apertura en relación con la URSS de Gorbachov. Creo que hoy nuestra mirada debe extenderse y que, cuando se habla de Europa, hay que concebir una entidad política distinta de las dos superpotencias, so pena de sostener un discurso frívolo. En un mundo marcado por el papel preponderante de USA y de la URSS, hace falta una Europa que sea sujeto autónomo de política internacional y que, aún en una relación de alianza con los Estados Unidos y de colaboración con la Unión Soviética, mantenga su distinción, fundada en un patrimonio de experiencias históricas propio de Europa occidental también en estos últimos cuarenta años, patrimonio que, antes de ese mismo período, era también común a algunos países que fueron ingresando sucesivamente en el área de influencia soviética.

— Da la impresión de que en el libro usted identifica la «personalidad» de Europa occidental con el «Welfare State», frente al cual la izquierda debe plantearse una

**tarea de renovación antes de constituir una red de garantías destinada a los ciudadanos.**

— Creo que el concepto de «personalidad» de Europa es algo más amplio: un hecho de civilización, de cultura, de democracia y de conquistas sociales. Por ello no basta con decir «Europa capitalista», porque lo es de manera diferente de otras sociedades capitalistas como Estados Unidos y Japón. En mi libro me propongo remarcar que en Europa occidental sigue muy vivo un patrimonio de ideales socialistas, de experiencias y de valores, que ha hecho de esta parte del mundo un lugar de transformaciones del capitalismo y de desarrollos históricos originales, fenómeno que escapa de cualquier simplificación bajo la etiqueta genérica de reino del «libre mercado». La diversidad de las sociedades europeas consiste sobre todo en un alto grado de articulación democrática, de reconocimiento del papel del movimiento de los trabajadores, de afirmación de derechos sociales. En este marco, se sitúa la experiencia del *Welfare State*, entendida no sólo como construcción de un sistema de servicios sociales, sino como política de plena ocupación y de utilización óptima de los recursos, los humanos en primer lugar, como compromiso de intervención pública en la economía, compromiso dirigido a garantizar algos niveles de crecimiento y de ocupación y una suficiente disponibilidad de recursos para sistemas de bienestar social. Este ha sido el desarrollo que se inició ya en los años treinta en una parte de Europa y que se generalizó e intensificó por fin durante varias décadas en esta segunda posguerra, hasta que entró en crisis y recibió una dura crítica desde posiciones neoconservadoras en los años ochenta. Fue una crisis más general de los viejos puntos de referencia de la izquierda, desde el momento en que sometió a discusión las conquistas que ella misma había sostenido y elaborado. Se impuso, en efecto, la necesidad de volver a pensar

en esos sistemas de seguridad social, afirmados por parte de las izquierdas en el Gobierno o con la decisiva contribución de las izquierdas en la oposición, de reformular los mismos objetivos y valores, en los cuales se habían inspirado esos sistemas, frente a las trabas con las que se toparon y frente a los efectos degenerativos que produjeron (creciente presión fiscal, tensiones inflacionarias, burocratización, agudo proteccionismo del Estado, excesiva intervención de la política en la economía, etc.). No se puede pasar por alto que tales efectos se tradujeron en graves factores de debilidad político-electoral de la izquierda, se transformaron en importantes estímulos para el éxito de fuerzas moderadas.

— **Vayamos entonces a esta izquierda europea, que se encuentra ante la doble tarea de vencer la ofensiva neoconservadora y de hacer frente a los grandes problemas de finales de siglo. En su opinión, ¿está la izquierda en condiciones de sostener un desafío semejante?**

— Es verdad que la izquierda se encontró rezagada en el pasado a propósito de opciones, como el europeísmo, que han sido terreno de un compromiso primario por parte de fuerzas conservadoras y de centro. Pero en lo que respecta al tema de la construcción de la unidad europea es precisamente la mayoría de las fuerzas de izquierda la que expresa hoy una visión más amplia, equilibrada y de largo alcance. Hablo de los partidos de izquierda en Italia, de la socialdemocracia alemana, del socialismo francés, del socialismo español. Ha habido una evolución positiva incluso en el laboralismo inglés y es destacable la atención que la socialdemocracia sueca, exterior a la Europa comunitaria, presta a la perspectiva europeísta. Es el campo conservador y de centro el que está hoy más dividido al respecto. La izquierda, por lo tanto, dispone de cartas muy buenas para jugar en esta

mesa, inclusive porque no es portadora de una visión restrictiva y cerrada del mercado único como hecho de pura liberalización y desajuste económico, sino que señala el camino de un paso adelante también en el plano de la integración política, señala el camino de políticas comunes y no la del simple «derrumbe de fronteras». En las discusiones sobre mi libro se ha llegado a decir alguna vez que he dado una visión demasiado optimista del estado de la izquierda en Europa occidental. Reconozco que he evitado de manera deliberada visiones genéricamente pesimistas, así como representaciones tediosamente repetitivas e inviables sobre la crisis de la izquierda. Estoy muy lejos de afirmar que la izquierda ha concluido su ardua tarea o que ha llevado a cabo de modo satisfactorio y exhaustivo su esfuerzo de revisión, de renovación y de renovado arraigo en sociedades que han cambiado tan profundamente. No, hay todavía mucho camino que hacer, hay aún muchos nudos gordianos, como el problema del trabajo o el de la reforma del *Welfare State*. Creo, sin embargo, que debe valorarse en su justa medida y no subestimarse el camino hecho. Por otra parte, me parece que ya existe, entre los partidos socialistas de la Comunidad europea y los partidos de la Internacional socialista, un reconocimiento de que se ha alcanzado un mayor grado de conciencia y de cohesión, tal como se refleja en el manifiesto para las elecciones europeas de junio. ¿Puede reducirse esta cuestión entonces al hecho de comprobar un progreso apreciable en lo que respecta a los partidos socialistas, a la vez que no puede aún hablarse de los partidos comunistas de Europa occidental, con la única excepción del PCI, por otra parte detenido todavía «en medio del vado»?

— **Sin embargo, existe un problema de los partidos comunistas en el seno de la Europa comunitaria.**

— En mi opinión, es una manera de atenuar el problema. En mi libro, creo afirmar sin tapujos que en gran parte de Europa occidental los partidos comunistas se han reducido a un grado mínimo de representatividad. No oculto, pues, el hecho de que partidos comunistas como el francés o el portugués presentan posiciones negativas en el terreno de la integración europea o más en general en el terreno de un esfuerzo de moderna reelaboración política y programática. No obstante, hay que seguir en relación con estos partidos, confiando en su posible evolución. No se puede descuidar el hecho de que partidos comunistas como el español tienen posiciones más abiertas en materia de integración europea. En cuanto al PCI, creo que ha tentado el vado de viejas incertidumbres y ha obtado claramente por una alianza plena con las fuerzas socialistas y socialdemócratas en el plano de un moderno reformismo, por una seria y valiente política neorreformadora para Europa. Sin embargo, la cuestión no se agota aquí, porque para la izquierda, cuyos partidos más representativos en todos los países de Europa occidental, entre ellos el italiano, son los partidos de la Internacional socialista, lo importante es la posibilidad de dar rienda suelta a una renovada capacidad de recuperación y de atracción de las fuerzas progresistas en nuestras sociedades. Hay fuerzas potencialmente disponibles para batallas reformistas y europeístas que se han refugiado desanimadas en el área, por ejemplo, de la abstención electoral. Hay fuerzas juveniles, femeninas, sindicales, intelectuales, que no se reconocen del todo en Italia como parte del PCI ni del PSI ni, en otros países, como parte de los partidos socialistas que también dominan la escena de la izquierda. Hay finalmente fuerzas generacionalmente nuevas, llegadas hace poco al compromiso político y social a través de vías que no son las de los partidos, sino a través de movimientos de opinión, como el movimiento de las mujeres,

que me parece el fenómeno más consistente, la presencia nueva más relevante en la escena social y cultural. La izquierda es precisamente eso: una gran crisol en el que deben llegar a refundir su identidad y su capacidad de guía y de representación política los partidos socialistas, un partido comunista como el PCI y, ojalá, no sólo éste.

— **¿Qué relación tiene la izquierda europea con la «casa común europea» expuesta con una fuerte carga, digamos utopista, por Gorbachov?**

— Me parece que se produce cierta superposición de metáforas, sobre todo si se piensa que hay también quien habla de casa común para la izquierda italiana. En otro sitio podrán analizarse más claramente. No obstante, sigue en pie el hecho de que el primero en hablar de casa común fue Gorbachov, aludiendo no a una casa partidaria, sino a una gran casa político-estatal, es decir, a la posibilidad de que Europa deje de estar dividida en dos bloques. Me parece que hay en ello una importante apelación, nueva para el grupo dirigente soviético, a las raíces europeas de la URSS, tema al que fue sensible Lenin, por cierto, pero que al fin fue pesadamente oscurecido en las décadas siguientes. Durante los primeros años posteriores a la revolución, Lenin persiguió desesperadamente el objetivo, el sueño, el espejismo de la revolución en Occidente, con la convicción de que el socialismo, para poderse realizar, debía triunfar en los países prósperos del Oeste, ante la amenaza de la barbarie asiática en los destinos de la URSS. Es importante que Gorbachov apele a estas raíces europeas que constituyen sólo una parte que hoy se saca significativamente a la luz y se valoriza. Debe reconocerse, además, el modo en que Gorbachov considera, efectivamente, experiencias políticas y económicas de Europa occidental, la experiencia comunitaria, los sistemas de valores que

inspiran los sistemas políticos occidentales. Pero sería esquemático e ingenuo creer que en un plazo más o menos breve el modelo soviético se transformará siguiendo el modelo de Europa occidental, así que por casa común, creo yo, se debe entender ante todo una casa en la que se hable sin tapujos desde las ventanas de los distintos apartamentos, en la que se intente bajar las barreras que no sólo han dividido sino que también han creado una peligrosa contraposición. Pienso que el objetivo más realista y más visible no es aún el de superar los bloques, sino el de hacer producir un deshielo entre los bloques mismos, a través de la reducción de los armamentos y la cooperación, y un aflojamiento de los vínculos de bloque también en el seno del bloque del Este. La izquierda europea vive en el apartamento

representado por esta parte de Europa, en la que hay estos sistemas políticos, hay este proceso de integración, hay esta entidad autónoma que se llama Comunidad europea. Una izquierda europea así situada debe tener, sin embargo, la mayor capacidad de comunicación y de búsqueda de convergencias y de acuerdos con quien vive del otro lado, sin confundirse y manteniendo las diferencias, que son también diferencias de valores, con el deseo de que las distancias se reduzcan. En definitiva, cuando hablo en mi libro de izquierda europea, me refiero a las fuerzas de izquierda que operan en sistemas pluralistas, pluripartidistas, conflictivos, de democracia representativa en Europa occidental.

(c) Mondoperario

Traducción de Mario Merlino.

# CUADERNOS DE ALZATE

REVISTA VASCA DE LA CULTURA Y LAS IDEAS

## Cuadernos de 10 Alzate

Septiembre-Diciembre 1988

Revista vasca de la cultura y las ideas



El número diez de CUADERNOS DE ALZATE presenta las ponencias y conclusiones del Seminario organizado por esta revista con el título «Izquierda, nacionalismo y autodeterminación».

Se inicia el número con las tres ponencias presentadas: **Andrés de Blas** en «Sobre el derecho a la autodeterminación» desmitifica el carácter y la naturaleza de tal derecho; **Josep M. Colom** en «Nación política y federalismo» cuestiona la organización política de la pluralidad cultural, con especial referencia a España; Y **José Ramón Recalde** en «El derecho de autodeterminación» hace un detallado estudio de las pretensiones y problemas que rodean la demanda y ejercicio de este derecho.

A continuación ofrecemos un conjunto de artículos que recogen las reflexiones de otros participantes en el seminario: **Cesareo R. Aguilera de Prat** «Notas sobre autodeterminación y federalismo»; **José A. Maturana** «¿Qué autodeterminación?»; **José Luis Avila** «Aproximación a los fines de la autodeterminación»; Y **Javier Corcuera** «País o problema».

**Emiliano López Aizurra** en «Derecho de autodeterminación y perspectiva europea» y **Joan Lemus** en «La cuestión nacional y la izquierda europea» tratan la cuestión en un contexto geográfico-político más amplio. Por el contrario **Rosel Guerra Garrido** en «Ocio» una nota sobre el personalismo plantea el individualismo que encierra este derecho colectivo.

Finalmente con la colaboración de **Luis Atienza** «Euskoesclerosis» volvemos de nuevo a centrarnos en Euzkadi, no es ajena la cuestión política ideológica de la autodeterminación.